

■ **Entrada**

El mercado de los mitos

■ **Manuel Vázquez Montalbán**

*Sous le pont d'Alma coule la Seine
Et nos amours
Faut'il qu'il m'en souvienné
La joie venait toujours après
la peine
(Tal vez Apollinaire)*



ILUSTRACIÓN: MIGDALIA BRITO

En *El Banquete*, Platón sostiene que el ser humano original, antes de padecer la división de los sexos, era esférico y autosuficiente, de ahí que la esfera en todas las culturas arcaicas haya simbolizado la perfección, la totalidad. Desde el punto de vista simbolista la rosa es la flor simbólica más utilizada en Occidente y representa sobre todo la regeneración y el amor puro, por eso Beatriz en *La Divina Comedia* entrega una rosa amarilla a su amante en el último círculo del Paraíso. Acertaba pues plenamente el diseñador español Enric Satué cuando meses antes del enlace entre Cristina de Borbón, hija del rey de España, e Ignacio Urdangarín, jugador de balonmano del Barcelona, simbolizaba como el encuentro de la rosa

y la esfera, en este caso la pelota y para concretar más, la pelota de reglamento de balonmano. Una misteriosa conjura ni siquiera palaciega arruinó la sutileza simbólica de Satué, pero hay que retomarla para entender el secreto lenguaje de aquella boda atípica en la que por primera vez en la Historia una princesa real se casa por la Iglesia con un jugador de balonmano y además del Barça.

Sin saber cómo, la infanta Cristina se presentó un día en Barcelona y se puso a trabajar en la Caixa, es decir, actuaba como una inmigrante de clase media bien orientada, porque la Caixa es de lo más sólido que hay en Cataluña. Lo que podía haber sido interpretado como una operación de expansión monárquica, no pasó de suspicacia, porque la muchacha hizo su vida, a su aire dentro de lo que cabe y se dejaba fotografiar con cara de sueño cuando llegaba al trabajo o departaba desde la reserva y la timidez con toda clase de

ciudadanos. De vez en cuando volvía a Madrid para salir en alguna foto de familia, pero pronto regresaba a Barcelona donde tenía su vida, algo muy difícil de tener. Así como los amores de su hermano Felipe han tenido a veces acentos de Enigma de Mayerling y el noviazgo decisivo, final de su hermana Elena parecía relacionado con el Concordato con la Santa Sede o con el Concilio de Trento, el encuentro de la princesa con el jugador del Barça formaba parte de la lógica de la vida cotidiana, estaba hecho a la medida del Palau Blaugrana, sin otra liturgia que la de las modernas religiones deportivas, *Barça, Barça, Barça*, en vez de Sanctus, Sanctus, Sanctus. Sin duda Ignacio le gustó porque era rubio como su padre, pero más alto y además jugaba mejor al balonmano. Luego llegó el protocolo y convirtió un enlace de *Caixa y Barça* en un acontecimiento de Gold Gotha retransmitido bajo la mirada vigilante de una realizadora socialista, Pilar Miró.

No he hablado tan largamente de mis príncipes por chauvinismo, sino porque en España y en Europa se suele oponer el cánón de la monarquía española al de la británica. La ocasión sirvió para oponer el modelo de la familia real española al de la familia real inglesa, carcomida por escándalos casi siempre sexuales y enlutada por la muerte de uno de sus *sex-symbols*.

Mientras Lady Di, convertida en fúnebre Dama del Lago, concentró las lágrimas de una humanidad desahuciada por el materialismo histórico, Cristina e

Ignacio o Ignacio y Cristina, rosa y esfera, esfera y rosa aparecían ante la aldea global como príncipes vitales y periféricos, que ni pintados en esta irreversible Europa de las regiones, primer paso para un nuevo Orden Internacional.

Sin embargo, en el mercado de los mitos apenas si tienen entidad los ejemplares príncipes españoles y sí hay sorprendentes concurrencias entre Lady Di, el Che y la madre Teresa de Calcuta.

Setiembre de 1996: una manifestación de estudiantes argentinos rememoraba por las calles de Buenos Aires la oprobiosa *noche de los lápices*, el asesinato en 1976 de nueve escolares de enseñanza media perpetrado por la Junta Militar. En la esquina de Callao con Corrientes asistí a una concentración de masas que parecía venir del túnel del tiempo anterior al diluvio, anterior al holocausto de las izquierdas latinoamericanas perpetrado fríamente en el espacio de tiempo que media entre la caída de Goulart y los diferentes genocidios del Cono Sur. Miles de estudiantes bajo el lema ¡Venceremos! y los iconos del Che sobre sus cabezas, revestido Guevara de nuevo de su condición de referente romántico para una generación. Empleo la palabra romántico con el inmenso respeto que me merece el compromiso romántico de los luchadores sociales de los dos últimos siglos, algunos motivados por su conciencia de clase y otros llamados por hechos de conciencia tal como los asimiló el Che: las quiebras en la realidad que demuestran el desorden oculto por el orden establecido. Como una pesadilla para el pensamiento único, para el mercado único, para la verdad única, para el gendarme único, emerge de nuevo el Che como sistema de señales de la insumisión, una provocación para los semiólogos y para la Santa Inquisición del integrista neoliberal. No como un profeta de revoluciones inútiles sino como una desalienadora proclama del derecho a rechazar que entre lo viejo y lo nuevo sólo se puede escoger lo inevitable y no lo necesario, la libertad fundamental de reivindicar lo necesario. Más allá de la metáfora, ante un milenio que quiere re-consagrar el papel del yo frente al nosotros como legitimación del derecho a la victoria y a la pernada del más fuerte, el ejemplo del Che apuesta por toda finalidad emancipatoria más allá incluso de la retórica revolucionaria convertida en el código obsoleto de lo que pudo haber sido y no fue. El Che es válido porque antepuso una actitud moral ante el conser-



El retorno de la iconografía del Che tiene diversas causas. Alguna de ellas está emparentada con el ascenso a los altares mitológicos de Lady Di y la madre Teresa de Calcuta, la primera como extraño prototipo de princesa adúltera pero virgen y la segunda como monja beneficiante preconiliar hecha a la medida de una impía economía global que parece ricardiana, maltusiana.



vadurismo de las derechas y las izquierdas y resucita en plena evidencia de que hay que volver a aprehender qué mundo nos preparan y de que hay que volver a aprender a hablar para liberarnos de las palabras demasiado totales y absolutas demonizadas por el fracaso de la confusión. La gestualidad vivencial de Guevara recupera el derecho del yo a ser solidario sin pedir perdón por haber nacido.

La manifestación de estudiantes que presencié en Buenos Aires se celebraba pocos días después de que Sanguinetti hubiera reunido en Montevideo a un puñado de estadistas y sociólogos para intercomunicarse la perplejidad ante el fracaso de la revolución economicista basada en la alianza entre los militares locales y los *masters* de Chicago: los militares destruyen a los antagonistas y los economistas reconstruyen una sociedad hegemonizada por un millón de nuevos ricos y amalgamada por los actos reflejos de los terrores heredados. Ni siquiera por ese camino el sistema puede prometer no ya la felicidad, sino el crecimiento continuo según su propia lógica. Lo que fue evidencia a puerta cerrada, es evidencia en la geografía de todo el sistema. Cada vez que el imaginario del Che se alza por encima del *skyline* de las multitudes, se rompen las conspiraciones del pensamiento único, del partido único, de la verdad única, del mercado único, del

gendarme único y a los palanganeros intelectuales del sistema se les escapa una breve risa histérica de suficiencia.

El aniversario del asesinato del Che tuvo como resultante contradictoria que un miembro del *staff* militar boliviano cómplice de su asesinato, el general Bánzer, volviera a ser presidente de Bolivia, esta vez democráticamente y que la literatura sobre el Che haya vuelto al camino, como prueba de la curiosidad que sigue despertando la razón romántica en tiempos de dictadura de la razón pragmática a su nivel más degradado. Si hace un año aproximadamente se publicó la biografía novelada del Che del escritor mexicano Paco Ignacio Taibo o la interpretación politóloga del también mexicano Castañeda, yo prologué la edición española del libro de Pierre Kalfon *Ernesto Guevara. Una leyenda del siglo*, nacida bajo la evidencia suscrita por Regis Debray de que las leyendas son las cosas verdaderamente serias.

El retorno de la iconografía del Che tiene diversas causas. Alguna de ellas está emparentada con el ascenso a los altares mitológicos de Lady Di y la madre Teresa de Calcuta, la primera como extraño prototipo de princesa adúltera pero virgen y mártir y la segunda como monja beneficiante preconiliar hecha a la medida de una impía economía global que parece ricardiana, maltusiana. Se necesitan mitos transgresores para tiempos en los que la transgresión no parece tener ninguna finalidad histórica, se consume en sí misma y ante la mirada de una clientela social amenazada por todos los miedos y desprovista de cualquier esperanza, tan transgresora puede parecer Lady Di como el Che. No todas las lecturas del retorno del Che deberían ser tan desencantadas. Sobrevive una sombra de la memoria del Che como emancipador, transmitida de padres a hijos y convertida en mercancía mediática con motivo del aniversario. Que una parte de la sociedad se apropie de un referente simbólico quiere decir que lo necesita, que sacia alguna de sus necesidades y el Che sería consumido como el *medium* de la propia conciencia irritada ante el falso orden establecido y el desorden que ocultaría. También podría interpretarse el retorno guevariano como fruto de la selección de un valor revolucionario puro, de un profeta vencido pero puro, más allá de tanto profeta vencido y además impuro, después de todas las catástrofes sufridas por las utopías revolucionarias materializadas tras la revolución soviética. El revolucionario que una vez

ganador de la revolución cubana no quiso instalarse como un burócrata, sino que encarnó la aspiración del internacionalismo revolucionario hasta el sacrificio personal, sigue ofreciéndose como una obra abierta, rey Arturo que un día volverá a implantar la libertad y la justicia, un rey Arturo beneficiado por excelentes fotografías, en vida y en muerte, que han dado a su máscara fúnebre calidades de sudario santo, de santa sábana reproduciendo el rostro del justo asesinado.

Estamos ante un caso de romanticismo militante que al reaparecer con tanta fuerza en el mercado de los símbolos demuestra una carencia de vitaminas históricas, un evidente raquitismo épico y lírico, es decir, la perpleja orfandad de los consumidores de la Historia pasteurizada. Y evidencia de ese mismo raquitismo moral ha sido la ascensión a los cielos de Lady Di como compañera de viaje de la madre Teresa.

LADY DI O LA SUBVERSIÓN SUBVERSIVAMENTE CORRECTA

¿Qué diferencia hay entre un rey y un príncipe? Nos hemos acostumbrados a una lectura jerárquica de la diferencia y así vemos al rey como el verdadero *primum inter pares* y al príncipe como a Cristo en relación con Dios Padre, el dios humano encarnado y el Dios del poder y la muerte. Más paladinamente, el príncipe responde al imaginario del rey padre rejuvenecido, lo que cualquier simbolista establecería como una relación entre el sol naciente y el sol poniente. Por su juventud, el príncipe mítico estaba llamado a ser héroe y demiurgo, artífice de Dios en el orden del Universo, fuera en los campos de batalla o en las alcobas, no hay que olvidar el comprometido papel del príncipe en *La Bella Durmiente*. Príncipe y rey alternan sus significados hasta la definitiva jerarquización de las dinastías y en las primeras simbologías solventes vemos que el papel intermedio entre la causalidad divina y los hombres tanto puede ejercerlo un príncipe como un rey, porque uno y otro son *el hombre cuya naturaleza procede del cielo*, su naturaleza es mandar, pero como depositario de su mandato celeste. Luego llegó la monarquía constitucional y complicó bastante las cosas a la simbología que el cristianismo había convertido en una más razonable cuestión de relación y reparto entre poder temporal y espiritual, inventándose un intermediario entre Dios y el Príncipe, el Papa.

Si un rey o un príncipe constitucional es hoy día un mandatario celestial dependiente del Parlamento ventríloquo, ¿qué es una princesa morganática casada con un príncipe aspirante a mandatario celestial condicionado por el Parlamento ventríloquo? Nada o casi nada hasta que llegó Diana Spencer a la alcoba de Carlos de Inglaterra y sus problemas de alcoba acabaron influyendo fundamentalmente en la modificación del imaginario del príncipe y la princesa a fines del II milenio. Por el cerebro de Carlos de Inglaterra ha circulado frecuentemente en los últimos años el aforismo misógino: No conocerás a una mujer hasta que la tengas en contra. El príncipe Carlos pudo ocultar el estupor que le causaba la concentración floral provocada por la muerte de Lady Di. Cada vez que cogía un ramo para contemplarlo obsesivamente o para enseñárselo a sus hijos, aparentemente cumplía con la consigna de su experto de imagen: coja un ramo cualquiera y cada ciudadano del Reino Unido creará que ha cogido el suyo. Pero, consignas publicitarias aparte, Carlos, ramo por ramo, iba preguntándose ¿por qué? ¿Qué ha hecho esta chica para tamaña respuesta popular? El hecho de que el príncipe todavía heredero apareciera olisqueando ramos en Balmoral disfrazado de escocés ya permitió de buenas a primeras deducir que sus piernas no podían competir con las de Lady Di, sin duda las mejores de la realeza universal de todos los tiempos. A poco que recuperemos nuestra memoria mediática y comparemos las actuaciones de Carlos y Diana ante la televisión explicando sus problemas de alcoba, hay que decir que Carlos se atuvo a una excesivamente correcta interpretación estilo Tudor, mientras Diana dio un curso completo de Actor's Studio contenido, desde luego, como debe exigírsele a una princesa aunque sea morganática. Ha recordado el alma jamás dormida de las masas, aquellos ojos grandes, a veces desbordados por su propia abundancia de perímetro, divagantes, buscando asideros visuales que sólo Lady Di veía o la suave búsqueda de un lugar en el mundo moviendo su delicada columna vertebral y sus manos como si el papel de princesa engañada pero adúltera lo estuviera interpretando Meryl Streep aleccionada por el profesor Higgins.

El estilo Actor's Studio *light* de Lady Di la ha convertido en una correctísima intérprete del papel de la princesa casi inútil una vez cumplido su papel de parir crías que continuarán la monarquía, pero

que sin dejar de parecer una princesa encarnaba también el de una mujer desechada y dispuesta a mostrarse capaz de pasar de príncipe en príncipe, es decir del príncipe de Inglaterra al príncipe de la hípica o al del rugby o al de los *playboys*. Porque Lady Di jamás se equivocó al elegir pareja, jamás buscó un segundón, consciente de que sus siervos no se lo habrían perdonado y como demiurga dispuesta a introducir un cierto desorden en este final de milenio, demiurga postmoderna pues, pero siempre dentro de un orden. Yerran los que acusan a la monarquía británica de haberse equivocado aceptando princesas que no son de sangre real. La Ferguson le ha aportado vigor pícnico y Diana Spencer asténico. Lady Di ha regalado a la casa de Hannover una larga vida de monarquía publicada, como valor ético y psicológico de la subversión subversivamente correcta y sólo la lamentable circunstancia de no ser católica le impedirá ser beatificada, incluso santificada como la primera princesa adúltera virgen y mártir, princesa de las masas, esas masas cuya rebelión sigue dando sorpresas y cuya condición de consumidora de iconos fugaces le puede permitir un menú de tres platos: Che Guevara, Lady Di, Teresa de Calcuta.

HAPPY END EN LA HABANA

Desde la Barcelona que presencié la boda de sus príncipes buenos viajé en enero de 1998 a Cuba para presenciar la llegada del Papa, es decir, el encuentro entre el Espíritu Santo y el Espíritu de la Historia, en La Habana, ciudad de los espíritus. Poco podía esperar que en La Habana se gestaba la respuesta cosificada del enigma de la coincidente presencia de Lady Di, Che Guevara y la madre Teresa de Calcuta. El Che permanecía en su gigantesca imagen de la Plaza de la Revolución, como si mirara de reojo al no menos gigantesco Sagrado Corazón de Jesús elevado para respaldar la próxima misa pontificia. Pero el Che estaba en todas partes de la ciudad como casi exclusivo icono de la Revolución y referente moral en tiempos de crisis. Entre la vorágine de actividades provocadas por la anunciada llegada del Espíritu Santo, me llegó la noticia de que Eusebio Leal, historiador y conservador de La Habana, estaba inaugurando una plaza dedicada a Lady Di. No sabía yo cuando me encaminaba hacia la nueva plaza situada en el corazón histórico de La Habana que iba a asistir al final feliz de la mitomanía fin de siglo.

Cuando Leal sale de su oficina de la Plaza de San Francisco para ejercer ciceronía, pasea las calles de la Habana Vieja como el señor del castillo pasea por el cortil entre pleitesías, agradecimientos de favores, recordatorios de necesidades y calculadas paradas para ejercer de rostro humano e intelectual del poder. Cicerone erudito de castillos y fuertes, cicerone de lujo de su pequeño reino afortunado que se extiende desde sus oficinas sitas en la Plaza de San Francisco hasta los límites de la ciudad histórica sobre la que se aplica. Me enseña ejemplares intervenciones: Convento e Iglesias de Santa Clara de Asís, etc., etc. Pero junto a todos los Eusebios que he ido acumulando desde aquel primer, casi olvidado encuentro de 1985, reservo un espacio aparte para el que inaugura una plaza dedicada a Lady Di., en uno de los lóbulos privilegiados del centro histórico, junto a la Plaza de San Francisco. Llego a tiempo de presenciar el prodigio, el lanzamiento al tiempo y al espacio de una plaza dedicada a Lady Di, bautizada por el verbo florido de Eusebio y el autocontenido del embajador británico. Se espera la visita del Papa, pero de momento sobre esta plaza ya ha descendido el espíritu de la princesa de Gales, la única adúltera, no olvidemos, que murió virgen y mártir.

Eusebio habla y recuerda que Lady Di murió en la misma semana que la madre Teresa de Calcuta. Recuerden los cuerpos, propone Leal y convenimos con él, en que eran muy distintos. Pero comparen los espíritus, vuelve a proponer y concluye: las dos se sacrificaron por los demás, la madre Teresa desde la obviedad del sacrificio, Diana de Gales cediendo sus más preciosos vestidos para las causas más nobles. El embajador del Reino Unido pone cara de recibir el más sentido pésame de la cubanía. Intelectuales tan significados como Alfredo Guevara o Miguel Barnet insisten en sus melancólicas poses habituales, pero diseccionan la lingüística de una plaza en la que han colaborado tan significados artistas cubanos como Sosa y Quintanilla, para lograr la conceptualidad de un lago y un falo, florales, caribeños el lago y el falo, pero en cierto sentido referentes de la última morada de la Dama del Lago, tan vigilada por su desconsolado hermano Lord Spencer. Consulto mi sorpresa sobre esta inesperada convocatoria de Eusebio del espíritu de Lady Di y alguien me comenta: "Cada vez son más los turistas británicos. Sin duda vendrán aquí a peregrinar y dejarán en

“

Si un rey o un príncipe
constitucional es hoy en día un
mandatario celestial dependiente
del Parlamento ventrílocuo,
¿qué es una princesa morganática
casada con un príncipe aspirante
a mandatario celestial condicionado
por el Parlamento ventrílocuo?
Nada o casi nada hasta que llegó
Diana Spencer a la alcoba
de Carlos de Inglaterra

”

La Habana muchas libras esterlinas”.

Fin de siglo en La Habana, y que me perdonen Fogel y Rosenthal la utilización del título de su libro. Leal planea el futuro no sólo de La Habana sino de la globalización cultural y su mirada tiene en cuenta sin duda el espectáculo que yo vería meses después en París desde el puente D'Alma, en compañía de una silenciosa, curiosa banda de mirones del lugar donde Lady Di pronunció sus últimas palabras: Dejadme en paz, dejadme en paz... *Sous le pont Mirabeau coule la Seine...* escribió Apollinaire y añadió que la alegría suele venir después de la pena: Instalada en el santoral *light* del Gold Gotha, Lady Di ya tiene un año de antigüedad y de proyectos comerciales *post-mortem*. Para empezar, la isla donde reposa en las propiedades de los Spencer es un lugar de peregrinación *voyeur* al precio de unas 120 libras esterlinas por persona y su memoria está protegida por los tribunales capaces de condenar a *Paris Match* a pagar 50.000 francos a Mohamed Al Fayed, suegro *in pectore* de la princesa, por haber reproducido una fotografía en la que Lady Di y Dodi se besaban. Por otra parte, la empresa Asbro ha tratado de producir una muñeca Lady Di. Otra empresa gestiona un rompecabezas; la firma de la princesa ha aparecido respaldando una marca de margarina; los estudiantes de Ciencias Políticas de la Univer-

sidad Libre de Berlín dedican su tiempo a estudiar el tema: *La princesa de Gales, mito y política*, y el testamento oficial de Lady Di fue un *best-seller*. La revista española *Lecturas* publicó unos figurines de los vestidos más fotografiados de Beata Spencer, con el fin de que las muchachas en flor españolas puedan vestirse desde la necrofilia, demostración del impacto hispánico causado por la muerte de la virgen adúltera, hasta el punto de que el primer detenido por robar flores mortuorias depositadas en la tumba fue un español. Su nombre para la Historia: Guillermo Hernández Setién.

Lady Di está sepultada bajo las ofrendas. Se recogió en España un compendio de artículos y opiniones sobre la leyenda áurea de la princesa y participaron en el ramillete desde un especialista en historia contemporánea como Paul Preston hasta Cabrera Infante, urdidor y capador de mitos que escribió *Pavana para una inglesa difunta o la princesa que quería vivir con párrafos* muy meritorios: *Pero Diana era leve, su cadáver apenas pesaba. Se dice que habría podido subir a los cielos si hubiera sido la institutriz que levita o fuera la monja que vuela*. Imagen de Diana en Internet como reafirmación de voluntad de eternidad cibernauta, posible museo en el palacio de Kensington ofrendado por su suegra la reina Isabel II, objeto de culto necrofilico para su hermano Charles, conocido hasta hace un año como uno de los príncipes bebedores de *champagne* del Reino Unido y ahora vengador crítico del calvario padecido por su hermana a manos de la familia real y de la prensa amarilla. Este sospechoso aristócrata, habitual vendedor de la exclusiva de las fotografías de lo que va a hacer o de lo que ha hecho (vendió las fotos del nacimiento de su único hijo por 250.000 libras a la revista *Hello!*) puede convertirse en un personaje shakespeariano vagando por las almenas de los palacios donde moró Lady Di con su cadáver, como metáfora, entre los brazos. Ha comprendido que el siglo XX, con el hígado hecho polvo por la metabolización de tantos héroes de acero, necesita banalizar a los héroes duros supervivientes como el Che o la madre Teresa y consagrar la memoria de una princesa que iba para delicado bocado *fast food* y se ha convertido en la única momia sagrada de la postmodernidad.

* *Le Monde Diplomatique*. Agosto-Septiembre de 1998. N° 33-34. Extra Edición Española. Páginas 31 y 32.